



El gobernador, muy satisfecho con tales aguiñaldos, les dijo que los llevarán al castillo. Cuando se vieron dentro de la puerta, uno de ellos dió el grito y al punto todos tiraron de armas y con ayuda de los que llegaron del bosque inmediato, hicieron á todos los habitantes prisioneros. Entonces dieron la señal que puso en movimiento á todo aquel país de Unterwald, á fin de defender su libertad. Las señales se repitieron de una á otra montaña. Los hombres de Uri se apoderaron del castillo de Gesler; los de Schwitz, al frente de Werner Stein, se apoderaron de otro. Ni una gota de sangre se derramó, ni se holló derecho alguno de ningún señor. Cuando el gobernador Landenberg, que huyó precipitadamente de la iglesia, fué cogido, le obligaron á jurar que no había de volver á pisar aquel territorio, y le dejaron despues marchar á buscar al rey Alberto. Los suizos se reunieron nuevamente y juraron por segunda vez su antigua alianza.

En la primavera, el rey Alberto avanzaba con un poderoso ejército hácia aquel territorio; cerró todas las comunicaciones con los tres cantones de Schwitz, de Uri y de Unterwald y se dispuso á castigarles como había castigado á otras poblaciones. Pero en torno de su persona se fraguaba una conjuración más funesta que la de los pastores de la montaña. Juan, sobrino suyo é hijo de su hermano Rodolfo y que siempre iba á su lado, descontento porque á pesar de ser ya mayor de edad debería Alberto darle su parte de herencia de Habsburgo y demas posesiones que le pertenecían, trataba de tenderle un lazo. El rey, para contentar á su sobrino, quería conquistar primero una comarca lejana en Sajonia. El duque Juan pidió repetidas veces, aunque inútilmente, los países que su padre administraba bajo el antiguo rey. Irritado por tanta negativa, resolvió quitar la vida al rey Alberto, auxiliado de cuatro señores amigos suyos.

Pasó el día que habían señalado para realizar su proyecto, ya por falta de ocasión ó por falta de resolución, y en este caso uno de los conjurados se arrepintió y confesó al rey la conspiración que tenían urdido; pero Alberto, persuadido de que su sobrino sólo intentaba meterle miedo, oyó aquella relacion con frialdad y sin dárle crédito.

El día 1.º de Mayo, despues de misa, rogó Juan al elector de Maguncia y al obispo de Constanza que hablarán á Alberto en favor suyo, para que le restituyera su herencia. El rey le mandó á llamar y le prometió dársela en un tiempo indeterminado. Al mismo tiempo procuró por medio del elector de Magun-

cia persuadirle que debía esperar á que terminara la próxima guerra de Bohemia. El joven se calló entonces, y por más que su corazón palpitaba de coraje, se marchó murmurando. Alberto entre tanto procuraba agasajarle con las mejores cosas; así es que en la mesa no cesaba de obsequiarle con los mejores manjares. Estando comiendo, llegó la noticia de la próxima llegada de la reina y resolvieron salir á esperarla. El rey esperaba todavía poder serenar al desgraciado Juan: pero éste, siempre con su tema, dijo á los tres conjurados al levantarse de la mesa: Irá á caballo y con poca gente.

El día 1.º de Mayo y 10 años despues que el rey Adolfo había sido muerto por él ó cerca de él, el rey Alberto marchaba más alegre que de ordinario, entre dos conjurados, quienes le separaron expresamente del resto del acompañamiento hácia el lugar por donde tenían que atravesar un río embarcados. Llegaban á un terreno cubierto de malezas, cuando Juan dijo: ¡Basta ya! Uno de los conjurados cogió entonces al caballo del rey por la brida; Alberto, admirado, creyó todavía que se trataba de una broma. Pero de repente el duque Juan exclamó: ¡Abi tienes el pago de la injusticia! y le atravesó con la lanza.

Uno de los conjurados le hendió la cabeza; otro le pegó en el rostro, y el tercero se quedó estupefacto: no se supo nunca qué fué del cuarto conjurado. Despues de exhalar un fuerte suspiro, cayó el rey bañado en su propia sangre; un pobre mendigo que presenció aquel hecho le recibió en sus brazos, y al poco rato espiró.

Los asesinos y los cómplices huyeron despavoridos en todas direcciones, y no se volvieron á ver jamas. El duque Juan penetró en Italia disfrazado de fraile, pero no se sabe qué fué de él despues: segun una tradicion, murió siendo ermitaño en uno de los dominios de su padre. Uno de los cómplices murió de sentimiento. Otro vivió todavía treinta y cinco años, ocupado en guardar un rebaño en Wurtemberg y no se dió á conocer hasta su muerte. El tercero, ó sea el que se quedó estupefacto viendo que mataban al rey, fué cogido cuando venia de pedir la absolucion al papa; algunos de sus propios parientes le entregaron á los hijos del rey Alberto, y éstos á los tribunales, que le condenaron á muerte. Muchos aseguran que ni siquiera fué cómplice.

La reina Isabel, viuda del rey Alberto, y su hija Ines, viuda de Andres, rey de Hungría, fundaron en el lugar del asesinato dos monasterios, uno de Hermanos menores, y otro de



Pobres clarisas. Sobre las ruinas de un palacio de la antigua ciudad de Vindonis, la reina Isabel colocó la primera piedra; edificó el gran altar en el lugar en que murió el rey, y en los aniversarios daba pan á todos los necesitados de una legua á la redonda. Los dos monasterios llevaron el nombre de Konigsfeld, es decir, Campo del Rey. La reina Ines vivía cerca del monasterio, en una casa bastante pobre. Ayunaba mucho, lavaba los piés á los pobres y daba muchas limosnas.

Despues de la muerte de Alberto, los siete electores del imperio, previas inteligencias que tuvieron cerca de Coblenza, se reunieron en Francfort el 27 de Noviembre del mismo año 1308. El arzobispo elector de Tréveris leyó primero en nombre de todos una protesta contra todos los que, ya fueran excomulgados, ya entredichos, ó que no tuvieran derecho á asistir á la eleccion se propusieran á asistir, y que en el caso que asistiera alguno de éstos, su presencia no perjudicara en lo más mínimo. Despues de deliberar eligieron todos á una voz á Enrique, conde de Luxemburgo, como príncipe católico, celoso por la fe y defensa de la Iglesia y de sus ministros, y adornado de todas las demas virtudes. Despues, el duque de Baviera, que era tambien conde palatino del Rin, dijo en nombre de todos: «Yo proclamo á Enrique, conde de Luxemburgo, por rey de los romanos, futuro emperador, protector de la Iglesia romana y universal, y defensor de las viudas y de los huérfanos.» Cantóse despues un *Te Deum* y el conde de Luxemburgo consintió en la eleccion, é inmediatamente fué conducido á la iglesia de los Hermanos Predicadores de Francfort, donde se publicó la eleccion con toda solemnidad delante del clero y del pueblo.

Enrique, sétimo de este nombre entre los emperadores, fué coronado en Aix-la-Chapelle por el arzobispo de Colonia el día de la Epifanía, 6 de Enero del 1309. El nuevo rey de los romanos reconoció y confirmó todos los derechos y libertades de los suizos, declarándoles inmediatamente sumisos al consistorio imperial, é independientes de toda jurisdiccion fuera de sus valles.

El rey Andres de Hungría, esposo de Ines de Austria, tenía por competidor á Carloberto, es decir, Carlos-Roberto, nieto de Carlos II, rey de Nápoles. Desde el año 1301, el papa Bonifacio VIII envió á la Hungría, como legado de la Santa Sede, á Nicolas de Trevisa, cardenal arzobispo de Ostia, á fin de que pacificara el país, que se hallaba dividido entre el partido de Carloberto y el de Andres. Pero habiendo muerto poco tiempo despues el rey Andres,

los señores de la Hungría, que representaban su partido, enviaron á Bohemia á algunos de sus representantes con objeto de ofrecer al rey Wenceslao la posesion del reino de Hungría, y evitar de esta suerte, como ellos decían, que perdimos nuestra libertad recibiendo un rey de manos de la Iglesia. Dirigiéronse á Wenceslao, porque por su madre era hijo de Ana, y ésta hija de Bela IV, rey de Hungría. Wenceslao, que era ya bastante anciano, no quiso abandonar su reino, y declaró que cedía todos sus derechos á la Hungría en su hijo, que se llamaba como él. Los húngaros se llevaron, pues, á este príncipe, al que nombraron Ladislao, y le coronaron en Alba Real. Juan, arzobispo de Coloeza, fué el que hizo la ceremonia, porque la sede de Strigonia estaba vacante.

El papa Bonifacio, luégo que tuvo noticia de una coronacion que tan mal le parecia, escribió al obispo de Ostia, su legado, para que citara al arzobispo á que compareciera en la córte de Roma en el término de cuatro meses, bajo pena de privacion del arzobispado. Pero el obispo murió poco tiempo despues de la coronacion de Wenceslao.

Al mismo tiempo Bonifacio escribió amistosamente al rey de Bohemia, padre del joven príncipe, citándole tambien en Roma para que alegara y defendiera sus derechos ó los de su hijo á aquel reino.

El cardenal legado, obispo de Ostia, regresó de la Hungría á Viena, y desde este punto escribió al papa participándole que no le había sido posible restablecer la paz en aquel reino, á pesar de las negociaciones y esfuerzos que había hecho. El rey de Bohemia, por su parte, contestó tambien al papa diciéndole que su hijo había sido legítimamente elegido rey de Hungría, y rogaba al papa que confirmara esta eleccion. Pero Bonifacio deseaba ver y oír á todos los pretendientes, porque tambien Maria, reina de Sicilia, alegaba sus derechos y los de su nieto Carlos. Por lo que el papa citó á todos ellos á comparecer en su presencia para que cada uno alegara sus derechos y se diera la corona al que legítimamente le perteneciera. Pero solamente comparecieron Maria, reina de Nápoles, y su nieto Carloberto, alegando vanas excusas. Wenceslao y su hijo, por medio de tres diputados que los representaban, pero sin poderes necesarios. El papa examinó á fondo la cuestion, y despues de bien estudiada, declaró que el reino de Hungría era sucesivo y no fideicomiso, y en su consecuencia adjudicaba los derechos en favor de este reino á Carloberto, dando cuatro meses de treguas á Wenceslao para que probara los q'



asistían; pero que, pasado este plazo, no había apelación.

Algunos historiadores refieren que los húngaros obedecieron al papa, y que el padre del rey Wenceslao acudió con un numeroso ejército, y se llevó a su hijo a Bohemia, renunciando a todas sus pretensiones (1).

El anciano rey Wenceslao murió el año 1305, en olor de santidad. Su hijo, del mismo nombre, que le sucedió, se hizo por el contrario tan odioso, que fué muerto al año siguiente 1306, antes de ser coronado (2).

Después de su muerte, algunos húngaros llamaron para que ocupara el trono vacante a Othon, duque de Baviera, y le hicieron coronar en Alba Real por Benito y Antonio, respectivamente obispos de Vespriin y de Chonad. El papa Clemente V, sucesor de Bonifacio VIII, confirmó a Carloberto en el reino de Hungría, y mandó a los defensores de Othon y a este mismo bajo pena de las más severas censuras, que desistieran de todos sus proyectos, a lo que al fin fueron accediendo poco a poco hasta que fué coronado por rey de Hungría Carloberto, procedente de la raza de sus reyes por María, reina de Sicilia é hija del rey Estéban, confirmandole y aceptándole en nombre de la Iglesia romana.

Bajo el reinado de Carloberto, la Hungría llegó al más alto grado de esplendor, y fué más poderosa que los mismos imperios que antes la consideraban como reino feudatario. La Dalmacia, la Croacia, la Servia, la Transilvania, la Bulgaria, la Bohemia, la Moldavia y una buena parte de la Valaquia; recibieron las leyes de Carloberto y formaron un vasto imperio. El año 1320 alcanzó una brillante victoria contra Uroso, rey de Rascia, y devolvió a Macedonia su libertad. El año 1322 recorrió la Servia, venciendo en todos los encuentros. El año 1325 combatió con éxito contra los infieles. Limpió de herejes la Dalmacia y la Bohemia. El año 1331 triunfó de los tártaros. El año 1335 alcanzó una señalada victoria contra los infieles. Carloberto murió el año 1342 a los cincuenta años de su edad, dejando dos hijos, Luis, que fué rey de Hungría con el dictado de Grande, y Andres, que fué rey de Nápoles.

En Dinamarca, el arzobispo de Lundem, Juan Droso, murió el año 1239, y en su lugar fué elegido por unánime consentimiento Juan Grandt, obispo segun años y preboste segun otros de Rotschild. Pero esta elección no agra-

(1) Reinaldo, 1303, n. 16-23.

(2) Reinaldo, 1305, n. 15; 1306, n. 16.

dó al rey Urico, ni a la reina su madre, hasta que por fin se pusieron de acuerdo, merced a las negociaciones de la Santa Sede.

Tales eran entonces las relaciones, generalmente filiales, de los reyes de la Scandinavia y de Alemania con el jefe de la Iglesia católica.

No se limitaban aquí las relaciones que la Iglesia católica mantenía con los soberanos. Juan Montcorvin, de la orden de San Francisco, enviado en calidad de misionero al Oriente por su superior general, daba cuenta al papa Nicolas IV el año 1289, de que el khan de los tártaros, Argoun, que mandaba en la Persia, estaba favorablemente dispuesto hacia su persona y hacia la Iglesia romana. Hacia más de 15 años que Juan de Montcorvin se ocupaba en hacer misiones por lejanas comarcas, cuando escribió desde Cambalik en el reino de Catai al general de su orden, participándole que la religion cristiana estaba haciendo grandes progresos en aquella comarca, que había edificado ya dos iglesias, y que el rey ó soberano le era tan favorable, que le ayudaba en muchas cosas, y hasta había dado su nombre al hijo y sucesor suyo en el imperio; pero que carecía de libros, pues no tenía más que un breviario, y éste pequeño, y que esperaba le mandarían algunos de éstos y también algunas personas que le ayudaran. La carta estaba fechada en 8 de Enero del año de 1305.

El reino de Catai es la China. Mucho se ha disputado antiguamente por saber a qué ciudad moderna correspondía Khambalik ó Cambalu. Pero basta observar, como dice muy bien Abel Remusat, que el nombre de Khambalik significa en mogol residencia real, y que los emperadores Khoubilai y Temour, contemporáneos de Juan Montcorvin, residían en Vanking, ahora capital del departamento de Chunthian ó Pekin. Curioso es por demás ver en el siglo XIV a un pobre religioso de San Francisco que vive por espacio de once años solo, convirtiendo millares de personas, edificando iglesias y celebrando las horas canónicas al sonido de la campana.

El año 1307 Juan Montcorvin mandó una segunda carta, fechada en Khambalik ó Pekin, por conducto del hermano Tomas de Tolentino, religioso de la misma orden, que volvía de la Tartaria. En esta carta refiere el hermano Juan que progresaba mucho el cristianismo en aquellas remotas regiones, que había recibido embajadores de una parte de la Etiopía rogándole fuera con ellos, ó que mandara misioneros, porque desde los tiempos de Mateo el Evangelista y de sus discípulos no habían visto por allí a



nadie que les pudiera instruir. Montcorvin añadía que desde el día de Todos los Santos había bautizado más de 400 personas.

El papa, considerando los grandes trabajos que había prestado Juan de Montcorvin en la propagación de la religion cristiana, su celo por la salvación de las almas y las virtudes que adornaban a tan santo varón, le nombró arzobispo de Cambalu, y creó después hasta siete obispados. Clemente V envió el año 1311 otros tres obispos de la orden de los hermanos Menores, a Pedro de Florencia, Tomas y Jerónimo.

Con estas disposiciones de los tártaros y de su jefe, el emperador de la China, si hubiese tenido un Carlo-Magno sobre el trono de Constantinopla, y un San Luis sobre el de Francia, hubiérase podido fácilmente hacer entrar a los tártaros ó mongoles en la grande unidad cristiana, en vez de dejarlos sumidos en los absurdos del mahometismo y budhismo. Lo que facilitaba este gran resultado era que la nación intermediaria entre los tártaros y griegos, los armenios, estaba aliada políticamente con los tártaros y unida religiosamente con la Iglesia romana.

La Armenia había tenido ya dos reyes con el nombre de Hayton. El primero, después de haber reinado 45 años, dejó el reino a su hijo Leon, se hizo monje y tomó el nombre de Macario, siguiendo la costumbre de los armenios, que cambiaban de nombre al hacerse religiosos; murió algunos meses después, el 12 de Diciembre de 1271, y fué enterrado en el monasterio de Episcopia, en la isla de Chipre. Hayton II, nieto del precedente, subió al trono de la Armenia el año 1289, después de la muerte de su padre Leon III. No quiso que se le pusiera la corona, y a despecho suyo tomó las riendas del gobierno, pues tenía grande inclinación a la vida monástica, y durante la vida de su padre no había querido casarse. Poco tiempo después de su advenimiento envió a un monje latino, llamado Juan, cerca del papa Nicolas IV para que le atestiguara su firme adhesión a la fe ortodoxa. El papa a su vez mandó por este mismo monje una profesión de fe, que habían de suscribir los parientes del rey y los obispos del reino que no estaban sinceramente unidos a la Iglesia romana. Esta fué la señal de una gran perturbación en el reino. El patriarca Constantino II rehusó suscribir esta profesión de fe, y el rey le depuso y mandó al destierro. Puso en su lugar a Estéban IV, quien de acuerdo con Hayton, convocó un concilio en Sis el año 1292, en el que acordaron que los armenios celebrarían la fiesta de la Pascua el

mismo día que los latinos. Al año siguiente, 1293, resolvió Hayton abandonar las riendas del gobierno y asoció al trono a su hermano Teodoro II, quien poco tiempo después le sucedió en el reino. Abrazó aquél el estado monástico en la orden de San Francisco, y tomó el nombre de Juan. Pero instado por los grandes del reino y por el mismo Teodoro, consintió dos años después tomar nuevamente el cetro. Varios varones, descontentos de este cambio, y negándose a obedecer a un monje, quisieron rebelarse; pero el patriarca Gregorio IV pudo reconciliarlos con el príncipe. Al mismo tiempo Hayton fué a avistarse con Gazan, nuevo rey de los tártaros de la Persia, y de tal suerte se hizo querer, que Gazan dispuso se le regalara un manto real, contrató una nueva alianza con él y su nación, hizo que se pusiera término a las persecuciones contra los cristianos y le mandó a sus Estados colmado de presentes.

Hayton, a su regreso, recibió en Cilicia una embajada del emperador de Constantinopla, Andrónico II, pidiéndole una de sus hermanas para su hermano Miguel, asociado al imperio. Queriendo Hayton condescender a los deseos del emperador, entregó a los embajadores sus hermanas, María, de edad de 15 años, y Estefanía, de 13. Miguel se casó con María, que fué coronada emperatriz, el 1296. El año anterior, Hayton había casado ya a la mayor de sus hermanas, llamada Zabloun, con el conde de Tiro, Amauri de Lusignan, hermano de Enrique II, rey de Chipre. De este matrimonio nacieron tres hijos, Enrique, Juan y Gui, de los cuales los dos últimos fueron reyes de Armenia.

Hayton y su hermano Teodoro, no esperando recibir socorros de Occidente, para defenderse contra los musulmanes, trataron de sacar partido de la nueva alianza hecha con los griegos. Confiaron el cuidado del reino a su hermano Sempad, y partieron para Constantinopla. El ambicioso regente quiso aprovecharse de la ausencia de su hermano para usurpar la corona; ganó a sus hermanos Constantino, Oschin y Alinack, a un gran número de señores y al patriarca Gregorio, que le consagró en Sis. Gazan-Khan le confirmó en su dignidad y le dió en matrimonio una de sus parientas. Hayton y Teodoro, de regreso de Constantinopla, el año 1297, fueron expulsados por el usurpador, y no habiendo podido obtener socorros del rey de Chipre ni del emperador griego, resolvieron marchar a la corte de Gazan-Khan a fin de implorar su favor. Pero Sempad les sorprendió en el camino y dió órdenes para que



quitasen la vida á Teodoro y para que sacáran los ojos á Hayton, por medio de un hierro candente. La crueldad de Sempad irritó sobre manera al hermano de Constantino, señor de Gaban, y se sublevó contra él (1298), le hizo prisionero, le entregó á su hermano Hayton y se colocó él en el trono. El año 1299 recobró Hayton la vista; el pueblo consideró este hecho como un suceso milagroso, y varios varones con el patriarca Gregorio, quisieron entonces ofrecerle la corona.

Hayton no quiso en un principio aceptarla, pues pensaba retirarse á un monasterio; pero las tropas se lo impidieron y le colocaron á pesar suyo en el trono. Constantino, poco contento con este cambio, reunió á sus partidarios y puso en libertad á su hermano Sempad. Pero Hayton logró apoderarse de ellos y los envió prisioneros á Constantinopla, en donde pasaron el resto de su vida.

Hayton sostuvo despues varias guerras contra los mamelucos de Egipto. Habiéndolos expulsado de la Cilicia, el año 1305 abdicó la corona, á pesar de los ruegos de los grandes del Estado, en favor del príncipe León, hijo de su hermano Teodoro, y le hizo consagrar en Sis, conservando él el título de padre del rey y gran varón; se retiró á un monasterio cerca de Sis y siguió gobernando el reino por sus consejos, porque el príncipe Leon era todavía muy jóven. El año 1308 los príncipes cismáticos de la Armenia ganaron á un general tártaro que aborrecía secretamente á Hayton. Bajo frívolos pretextos logró que con el rey Leon IV fueran á la ciudad de Anazarbe, y una vez en ella les hizo quitar la vida. El hermano de Hayton, Oschin, condestable y príncipe de Gantchoe, se puso al frente de sus tropas para vengar la muerte de ambos, derrotó á Bilanghou, general tártaro, le expulsó de la Cilicia y se hizo proclamar rey. Él murió el año 1320, despues de un reinado de doce años y algunos meses, no dejando más que un niño de 10 años, llamado Leon, que habia tenido con una hija del rey de Chipre, de la casa de Lusignan. Oschin, príncipe de Garigos, que casó con la viuda del último rey, fué nombrado regente hasta que coronaron más tarde á Leon en Sis.

El regente Oschin de Garigos tenía un hermano llamado Hayton, que se distinguió en varias guerras. El año 1305, el mismo día de la batalla en que fueron derrotados los egipcios, el príncipe Hayton de Garigos, ya muy anciano y fastidiado del mundo, resignó su principalidad en manos del rey para abrazar el estado monástico y poder cumplir el voto que tenía hecho desde hacia algun tiempo.

En Poitiers, que fué donde se retiró, compuso una *Historia de Oriente* por orden del papa Clemente V, que contiene en sesenta capítulos la descripción de Oriente, la historia de los reyes mongoles de la posteridad de Guingiskhan y algunas consideraciones sobre el estado de la Tierra Santa, y de los cristianos del Levante en su época. Su descripción de los reyes de Oriente comienza por el Catai ó la China; despues por el reino de Társis, cuyos habitantes, llamados iogures, son idólatras. Termina su libro demostrando cuán fácil era á los cristianos recobrar la Tierra Santa y aniquilar el poder de los musulmanes. De modo, que ni faltaban á los cristianos conocimientos exactos sobre el estado de Oriente, ni ocasion propicia para recuperar la Tierra Santa y librar á la Europa de una invasión musulmana. Pero los que debian haberse aprovechado más de estas circunstancias, fueron los que más las descuidaron, como fueron los griegos y el emperador Andrónico II. Separados de la Iglesia romana, no pudieron nunca estar unidos ni entre sí ni con nadie. Los turcos, bajo la dirección de Ottoman, ó de Orecan, su hijo, avanzaban más y más sobre las fronteras. Filantropenes, hábil general, voló al encuentro de los bárbaros y los derrotó en varios encuentros, mientras que Andrónico, en medio del lujo y de la molicie, ocupado en las miserables intrigas de la corte, despojaba de todos sus bienes á su propio hermano Constantino Porfirogenetes, príncipe de mérito, y bajo frívolos pretextos le hizo encerrar en una jaula de hierro. Entónces fué cuando por tener un apoyo asoció al trono á su hijo el jóven Miguel; pero en estos momentos Filantropenes, que despues de algunos años no habia hecho más que combatir á los turcos con grandes resultados, levantó el estandarte de rebelion, cansado como estaba de sufrir lo que pasaba en la corte. Sus victorias eran de día en día cada vez más señaladas, cuando cayó en manos de Libadario, gobernador de la Lidia, que le hizo sacar los ojos, poniendo de esta suerte fin á aquella rebelion.

Por este tiempo perdió Andrónico á su hijo Miguel, á quien habia asociado en el imperio. Este príncipe dejaba un hijo, llamado tambien Andrónico, quien pretendió pronto dividir el trono con su abuelo. Éste no quiso en un principio consentir, pero al fin se vió obligado á reconocerle el año 1325. Celoso el anciano emperador por las grandes simpatías que el jóven príncipe iba ganando en el pueblo, le suscitó nuevas disidencias, hasta que por fin vinieron á las armas, y el jóven Andrónico entró ven-



edor en Constantinopla y se hizo coronar por único emperador. El emperador destronado, condenado á no abandonar jamas su palacio, terminaba su carrera en el desprecio y casi en la necesidad; para colmo de sus desdichas acababa de perder la vista cuando los que le guardaban, sabiendo que su nieto estaba gravemente enfermo, y temiendo ver al anciano emperador recobrar la autoridad, le obligaron, en 1330 á tomar el hábito monástico. Exigieronle además una renuncia en forma á la corona, y dos años despues, el 13 de Febrero de 1332, murió Andrónico casi súbitamente á la edad de 74 años, y despues de 60 años de reinado.

Este reinado tan largo le comenzó separándose de Roma, único centro de unidad católica, rompiendo la union que su padre habia hecho y que él mismo habia jurado: este reinado tan largo le comienzan los griegos desunidos del centro de la unidad cristiana y divididos tambien entre sí. En medio del centro de unidad divina sentado por Cristo en Roma en la persona de San Pedro, quiso él sentar otro de la mano del hombre en Constantinopla en la persona del patriarca cismático. Entónces, en vez de un solo patriarca, habia continuamente dos ó más, lo que naturalmente aumentó la division que él deseaba por otra parte cortar. Así á fines del siglo en que dejamos el hilo de estos sucesos, habia el partido del patriarca Arsena restablecido y depuesto dos veces el partido del patriarca José; estos dos patriarcas acababan de morir; pero sus partidos no estaban muertos. De los patriarcas vivos habia Gregorio II ó de Chipre. Atanasio y Juan Cosme, todos dimisionarios, depuestos ó expulsados, excepto el último, pero que le llegará tambien su turno, y todos ellos de escasas luces. Los antiguos Padres y doctores, San Atanasio, San Crisóstomo, San Pablo y San Ignacio, buscaban en Roma el remedio para sus males: los griegos degenerados tienen más miedo al remedio que á la enfermedad. En vez de ser hijos dóciles de San Pedro, quieren mejor ser esclavos del emperador, ya sea turco ya moscovita. Por esta razon terminará á no dudarlo el Bajo Imperio de los griegos, como terminó el Bajo Imperio de los judíos.

Vamos á ocuparnos ahora de este espíritu de Bajo Imperio en Occidente y en la persona de Felipe el Hermoso, es decir, de las contiendas ó disputas habidas entre el monarca frances y el papa Bonifacio VIII.

Por lo que respecta al cardenal Benito Cajetan, sucesor de Celestino V, teniasele, dice Bossuet, por un hombre muy hábil en toda

clase de negocios, y tan hombre de bien como sabio profundo. Tomó el nombre de Bonifacio VIII. En su tiempo, la Italia estaba desgarrada por las dos facciones que se profesaban odio implacable, los güelfos y los gibelinos: los primeros, partidarios del papa y de la libertad de Italia; los segundos, partidarios de la dominacion teutónica. Bonifacio tuvo naturalmente por enemigos á los gibelinos, á cuyo frente se hallaba la poderosa familia de Colonna. Hizose tambien extensiva su enemistad á los franceses por las disputas habidas con su monarca. Los autores gibelinos y galicanos son por lo tanto igualmente sospechosos y recusables, ya como testigos, ya como jueces, en todo lo que concierne á las recriminaciones del papa Bonifacio VIII. Para ser justos no hay más que apoyarse en los hechos, y esto es lo que procuraremos hacer nosotros siguiendo al padre Bianchi en su obra *Del poder indirecto de la Iglesia*, y al cardenal Wiseman en una disertacion que hizo al efecto.

En cuanto á Felipe el Hermoso, hé aquí el cuadro de su reinado, trazado por el hijo de Luis XIV, ó más bien por Bossuet, su preceptor: «El reinado de Felipe estuvo siempre lleno de sediciones y trastornos, porque el pueblo y el clero tuvieron mucho que sufrir, pues se alteraba subiendo ó bajando el valor de la moneda y aun haciéndolas tambien de mala y baja ley, todo lo cual no podia ménos de causar grandes pérdidas á los particulares, y arruinaba el comercio. El rey fué en persona á Languedoc y á Guyena para apaciguar los movimientos de aquellas provincias, acariciando á la nobleza y tratando con dulzura á las ciudades.» Esto es lo que se lee en un *Compendio de la historia de Francia*, por el Delfin. Observamos de paso que en el manuscrito original, el reinado de Felipe el Hermoso está escrito de la propia mano de Bossuet.

¿Qué hace entre tanto el ambicioso y el fogoso Bonifacio VIII siguiendo el lenguaje de sus enemigos? El primer año de su pontificado, 1295, procura la paz con la Francia y Aragon, y trabaja en igual sentido en favor de todas las potencias. Eduardo de Inglaterra trabaja por ganar á costa de dinero y contra el monarca frances al conde de Flándes y al rey de los romanos Adolfo. Bonifacio manda legados á Eduardo y Adolfo, y les echa en cara que estaban haciendo la guerra á un rey católico; les conjura para que en lo sucesivo no vuelvan á atacar á su querido hijo Felipe, rey de Francia, antes, por el contrario, les ruega que hagan la paz, ó que al ménos le den una tregua. Sus vivas instancias son desatendidas, y en-